HEGEL O EL IDEALISMO ABSOLUTO

Por Lácides Martínez Ávila

El 14 de noviembre de 1831 falleció en Berlín quien fuera uno de los más grandes pensadores que ha dado la humanidad: el célebre filósofo alemán Jorge Guillermo Federico Hegel, llamado *el filósofo de la dialéctica* y cuyo pensamiento nos proponemos aquí exponer brevemente en su parte sustancial.

Tras haber hecho Kant la emisión de sus ideas, queda planteada, en el seno de la filosofía, y, más concretamente en el del idealismo clásico alemán, una serie de cuestiones que dan lugar a diversas polémicas, como, por ejemplo, la que tiene que ver con la metafísica, que fue declarada imposible por el mismo Kant.

Para hacerle frente a esta problemática, surgen en Alemania tres importantes filósofos: Fichte, Schelling y Hegel, quienes se caracterizan por una vuelta a la metafísica, pero ya no en el sentido clásico, sino en un sentido más idealista, según el cual el propósito de la metafísica y de la filosofía en general no será ya construir un sistema filosófico a partir del mundo real, sino a la inversa, es decir, construir el mundo a partir de las ideas o el pensamiento. En esta línea ideológica también cabe incluir a Spinoza, quien ejerció poderoso influjo sobre Hegel.

Para Fichte, la única realidad era el espíritu, el yo, que era el que determinaba el mundo exterior. A este idealismo subjetivo, Schelling opuso un idealismo objetivo, que otorgaba tanto a la naturaleza como al yo cierta realidad.

Ahora bien, Hegel sintetiza los sistemas de Fichte y Schelling. La idea del absoluto, que para éstos es anterior al mundo y al yo, para Hegel no lo es, sino que coexiste tanto con el uno como con el otro. A Fichte, lo mismo que a Kant, le censura el colocar la fe por encima del saber.

El sistema de Hegel se denomina idealismo absoluto, y su empeño, en fin de cuentas, es el de resolver el problema de Kant cerca del valor objetivo de nuestros conocimientos, en aras de lo cual intenta conocer la realidad absoluta confundiéndola con el pensamiento. Constituye esta doctrina la cúpula del idealismo clásico alemán, que surgió con Kant y alimentaron, como queda consignado, Fichte y Schelling, cada cual a su manera.

La parte esencial del pensamiento filosófico de Hegel está dada por su concepción del absoluto. Por este término se entiende, en filosofía, “un sujeto eterno, infinito, incondicionado, perfecto e invariable, el cual es suficiente en sí mismo, no depende de ninguna otra cosa, contiene de por sí todo lo existente y lo crea” (1). En este sentido, se ha dicho y repetido que “sólo Dios es lo Absoluto”, y se piensa, asimismo, que lo absoluto se personifica en la perfección divina, tal como lo vemos en la “sustancia única” de Spinoza, el “nóumeno” de Kant, la “razón impersonal” del espiritualismo francés, el “yo” de Fichte, la “voluntad” de Schopenhauer o la “intuición” de Bergson.

En Hegel, lo absoluto es concebido como la “razón universal” o “ser indeterminado que se hace o deviene” (Werden). Es el pensamiento (la idea) materializado en la naturaleza y realizándose en un progreso infinito, de donde se concluye que la razón y la realidad son idénticos.

La filosofía de Hegel consta de tres principios fundamentales, que son: la inmanencia del absoluto; la identidad de lo real y lo racional, y la filosofía como sistema integral.

La *inmanencia del Absoluto* significa que, para Hegel, el absoluto no es una sustancia, sino un sujeto. En otras palabras, no se trata tan sólo de una cosa en sí apta para soportar los accidentes, sino de algo dinámico, en continuo devenir. Es el proceso mismo de constitución del universo. Lo absoluto no es o existe, sino que *deviene*, se hace (Werden) mediante el progreso.

Esta idea del absoluto es distinta de la de Fichte y de la de Schelling, pues mientras, como ya se dijo, éstos consideraban que el absoluto era anterior al mundo y al yo, para Hegel el absoluto no es independiente de ninguna de las dos cosas, sino inmanente a ambas. Estima que hay en cada pimpollo una fuerza latente que lo transforma y le impide permanecer estático, haciéndolo, incluso, desaparecer, pero que la flor que sale de él pertenece a un nivel ontológico superior, y ella, a su vez, contiene dentro de si su propia negación, que es el fruto, el cual, por su parte, pertenece a un estadio superior al de la flor. Mediante esta metáfora, explica Hegel que aquello que actúa como negación es el espíritu, que se desarrolla a sí mismo: Dios.

Tal concepción filosófica constituye una especie de panteísmo que nosotros hemos denominado panteísmo dialéctico, el cual concibe el mundo como una indisoluble unión de Dios con la naturaleza, en constante evolución. Cada objeto particular del mundo resulta ser, para Hegel, la expresión de un determinado momento de este desarrollo evolutivo físico-metafísico.

La identidad de lo real y lo irreal, que constituye el segundo principio fundamental del pensamiento de Hegel, se explica mediante la célebre frase de éste que dice: “Todo lo real es racional, y todo lo racional es real”, y la cual significa, por un lado, que el proceso de generación del mundo a partir de la inmanencia del Absoluto o Dios con la naturaleza y el espíritu (el hombre), no es algo absurdo e irracional, sino algo que se da por conciencia y reflexión, porque el absoluto es razón; y, por otro lado, esta razón o sea, el absoluto, no es algo ficticio, sino una entidad real, porque coincide con la realidad.

El tercer principio, *la filosofía es el sistema integral*, indica que la filosofía es el único sistema capaz de comprender y explicar la totalidad del universo. El método de que se sirve es la dialéctica, que no es más que el progreso, el desarrollo, del absoluto o, lo que es lo mismo, de la razón, juntamente con el del pensamiento humano y el de las cosas que conforman el mundo. Los distintos momentos de la evolución (del Werden) universal son contradicciones realizadas y que concluyen en identidad, de tal suerte que la dialéctica procede por tesis, antítesis y síntesis, lo cual equivale a un “ponerse, oponerse y componerse” (2). A la tesis corresponde el *ser en sí* (el objeto); a la antítesis, el

ser para sí (el sujeto), y a la síntesis, el *ser en sí y para sí* (el espíritu). Tal es la famosa tríada dialéctica hegeliana, que constituye, según su autor, la base celular del desarrollo y evolución de todo cuando existe, y que ha sido adoptada por algunos sistemas filosóficos ulteriores. Podemos decir que el mismo Hegel, dentro de la filosofía, hace parte de esa tríada dialéctica por él concebida, si suponemos que Fichte, con su idealismo subjetivo, es la tesis, y que Schelling, con su idealismo objetivo, es la antítesis, constituyendo entonces Hegel, con su idealismo absoluto, la síntesis, y teniendo la tríada como "genus proximum" el idealismo alemán poskantiano.

Hegel aplica su pensamiento al desarrollo de la humanidad, y considera que la historia de ésta no acaece en línea recta, sino mediante contradicciones vinculadas entre sí (tríada dialéctica). Sostiene también que la historia de la humanidad no es simplemente un vehículo de la razón divina, una manifestación egoísta de la autorrealización del absoluto, sino que es algo más que eso: se trata de una acción conjunta y bilateralmente consciente de Dios y los hombres, puesto que Dios, al impeler a éstos a que superen sus torpes comienzos y alcancen intelecciones y niveles de conciencia más elevados, los hace tomar cada vez mayor conciencia de sí mismos y acrecienta su libertad.

Finalmente, anotemos que para Hegel el más alto grado de desarrollo del espíritu universal, es decir, del absoluto, es el Estado, el cual constituye una fase ontológica superior a la del hombre.

Citas:

(1) Rosental-ludin. "Diccionario Filosófico". Ediciones Los Comuneros, s.f., página 1.

(2) Blanco Julio Enrique. "La filosofía de Hegel y el drama del Espíritu Absoluto". Tomado de DIARIO DEL CARIBE, mayo 15, 1981, página 5.